

Mi experiencia Bunkeya, RDC

África tiene un olor especial. Kapuscinski lo llamaba *el olor del trópico*, y es probablemente lo que más impresiona al pisarla. Es una mezcla de tantas notas que describirlo me resultaría imposible.

Luego está el bullicio. Si hay algo africano por excelencia es el bullicio. A mí, personalmente, me resulta fascinante: la gente que corre, que grita, que ríe, la rumba que suena siempre de fondo; los niños que juegan descalzos sobre la tierra rojiza; las motos que sortean los grupos de mujeres que transportan con maestría pesados cestos sobre sus cabezas mientras venden y compran en el mercado.

Son tantos los estímulos que es difícil concentrarse en uno. Miras en todas las direcciones y no sabes donde posar los ojos.



Lubumbashi, segunda ciudad más importante de la R.D. Congo

Este ritmo frenético de la ciudad contrasta con el ritmo pausado que impone el trabajo rural en Bunkeya.

Bunkeya se avista sobre una colina de suaves lomas a la que únicamente es posible acceder por una pista de tierra llena de socavones. A los márgenes de esta, se apilan casitas de adobe y techos forrados con hojas de palmera. Parece que toda la infancia de este pueblo remoto de la sabana congoleña se haya coordinado para darnos la bienvenida. Sonríen y los ojos les brillan mientras señalan a los blancos del todoterreno. Conforme ascendemos la colina y nos adentramos en el pueblo, vamos adelantando a campesinos fatigados y sudorosos que cargan pesadísimos sacos de arroz, maíz u hortalizas sobre sus cabezas.



*Vista de
Bunkeya sobre
la colina que la
esconde*

Al llegar, golpea la sencillez con que vive la gente. La realidad se nos asemeja tan contrastada con lo que estamos habituados a llamar un pueblo en occidente. No puedo ni debo negarlo. Los primeros días son complicados. La pobreza extrema para alguien que siempre lo ha tenido todo puede resultar martirizante. Sobre todo cuando asumes que poco de cuanto está en tu mano hacer, tendrá un impacto en sus vidas.

Pronto aprendes que por muy lacerante que te resulte la frase *Tengo hambre*, pronunciada por un cuerpecito semidesnudo, no puedes darle nada. Al menos no a la vista de todo el mundo. Si das una galleta a uno, el efecto llamada será terrible, en cuestión de segundos tendrás una treintena o cincuentena de niños exigiéndote su galleta.

El dilema moral es terrible, y pasa factura sobre todo la noche. Al principio es inevitable acostarte en tu cama después de un largo día y echarte a llorar por un tiempo que te resulta interminable sin saber realmente por qué. Durante estas primeras semanas no pegar ojo también es algo habitual, la conciencia unida a las ruidosas lechuzas que revolotean por el convento, no permiten descansar.



Afortunadamente, me sumerjo con rapidez en la rutina que evita que piense más de la cuenta: por las mañanas toca visitar a los pacientes hospitalizados, atender las urgencias, vigilar los partos complicados y pasar consulta.



¡Bienvenido al mundo!

Luego toca comer, judías, arroz, alubias y guayabas es lo que más se repite. A la tarde doy una vuelta por el hospital para atender a algún ingreso nuevo o para dar una ojeada a los pacientes más graves. Volveré a vigilarlos a la noche, a la vuelta del paseo.

El paseo es mi momento favorito. Me recorro el pueblo, callejeo por los caminos de tierra, descubro nuevos bares e iglesias. Soy curiosa, lo reconozco. Quiero conocer todos los barrios, pisar todas sus calles aunque no tengan nombre. Me impresiona que allí donde voy, incluso donde no he estado antes, la gente del pueblo sabe mi nombre. *Madame Helena!* gritan los niños. Mi paseo se ha convertido en su diversión diaria. Corretean hasta mí, me dan la mano y me lanzan besitos. Cojo a los más pequeños en brazos unos segundos, para devolverlos a tierra firme y que retomen sus creativos juegos. Sus sonrisas iluminan mi día, especialmente cuando alguno de mis pacientes acaba de morir o está dando sus últimos suspiros.



Ese brillo en la mirada...

Una tarde, después de un par de meses, mientras paseo por el mercado con mis buenos amigos, el doctor Alain y el doctor Arsène, éste último me suelta: *Ya has aprendido a vivir como uno de nosotros, Helena.*

Sonrío y miro a mi alrededor. Es verdad. Salvo por mi color de piel, que desde que he llegado no ha cambiado mucho -apenas salgo del hospital por lo que muy morena no me he puesto- no veo grandes diferencias con mi entorno. Ya no me importa cuán pequeño o simple sea mi cuarto, la vida la hago en la calle. Tampoco me parece un drama ponerme los mismos pantalones prácticamente todos los días, son cómodos y me protejan del abrasador sol africano, ni miro con curiosidad a las familias de cabras, ovejas, cerdos o gallinas que se mueven con total independencia por el pueblo, colándose incluso en las habitaciones del hospital. Hasta me ha dejado de importar que en Bunkeya no exista la lavadora, el agua caliente, el chocolate, ni el sabor de la leche en polvo que tanto detestaba al llegar. He aprendido, incluso, a desconectar por las noches del ulular de las lechuzas.

Adaptarse o morir le respondo a Arsène y sonrío. En verdad, es como si nos conociésemos de toda la vida. Pese a todas las dificultades, he conseguido que este apartado punto de África, me haga sentir en casa.



*El doctor Arsène
(al doctor Alain las fotos no
le hacen mucha gracia)*

Es mi último atardecer en Bunkeya. Estoy, en mi lugar favorito: un edificio de ladrillos rojos y chapa verde que pertenece a la universidad (sí, en este remoto pueblo hay una universidad e incluso un rey, pero eso daría para dos hojas más.) Es el único punto en muchos kilómetros a la redonda donde hay wifi, pero no vengo por esto último, ya me he desintoxicado de internet. Desde este punto elevado y escondido entre acacias contemplo el solitario monte Nkulu, detrás del cual el sol empieza a esconderse. El cielo está teñido de un tono anaranjado y diviso el esplendor de la sabana. Los atardeceres en África son increíbles.



*Mi rincón favorito
para ver
atardecer...*

*...aunque en África,
esforzándote poco,
puedes fotografiar una
espléndida puesta de sol en
casi cualquier esquina*



Mientras me deleito con semejante espectáculo, intento recapitular estos meses, integrarlos en la historia de mi vida. Inevitablemente, vienen a mi mente recuerdos de infancia, de aquella época en la que solía mirar a aquellos médicos y misioneros que iban a África a ayudar desde abajo, sintiéndome muy pequeña, y viéndolos a ellos muy grandes, casi héroes.

Qué caprichosa la vida. Ahora yo no siento que tenga nada de héroe. De hecho, me siento impotente ante una realidad inmensamente injusta. Me siento casi inútil.
¿Habrá servido de algo todo este cansancio? ¿Habré realmente ayudado a alguien?

Afortunadamente para mi sosiego, con el último rayo de sol me salpica una frase de Eduardo Galeano:

Gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo.

Sonrío. Cierro los ojos y me esfuerzo en apartar de mi mente los rostros y nombres de cuántos llegaron demasiado tarde, de cuántos no supimos cómo curar o sencillamente no tuvimos los medios para hacerlo y tan solo nos quedó ser testigos de su muerte injusta e innecesaria. *¿Por qué será que siempre recordamos más nítidamente allí donde no pudimos llegar que donde sí?*

Acuden ahora, lentamente, aquellos que tuvieron más suerte: la pequeña Josephine a quien agarré la mano mientras luchaba por respirar, y que ganó la batalla a una meningitis fulminante, al bebé Martin, a quien saqué de la tripa de su mamá, a Dorcas quien luchó por meses en la cama 3 de cirugía y sobrevivió como nadie hubiese creído, a Bernard, a Florence, a Francine, a todos aquellos niños hospitalizados a los que alegraba las tardes tan solo con un caramelo.



Florence y Francine forjaron una gran amistad en el mes que pasaron hospitalizadas. A los sanitarios, cada pequeño progreso suyo nos devolvía el aliento y la esperanza.

Una lágrima resbala por mi mejilla y sé de inmediato la respuesta a la pregunta que me torturaba. *Sí, ha valido la pena. Sí, Helena, has hecho mucho más que quedándote en casa.* Exhalo con fuerza una bocanada de aire cargado de la humedad de las últimas lluvias. Abro los ojos. El sol ya se ha escondido y pronto no veré el camino de vuelta al convento. A Bunkeya no ha llegado la electricidad, ni se la espera. Es hora de volver a casa. La mochila y el corazón vuelven cargados de recuerdos, algunos agridulces, otros, como las sonrisas de los niños, inmensamente cálidos.

Y sí, a pesar de todos los altibajos propios de la intensidad de esta experiencia, he sido feliz. Enormemente feliz. Probablemente mucho más de lo que muchos de nosotros en nuestros cómodos nortes burgueses.

Porque si hay algo que después de estos meses puedo afirmar, es que tenemos sobrevalorada nuestra cultura occidental. Una cultural que tan solo nos impulsa a acumular bienes, bienes que compramos con nuestro tiempo en trabajos que no pocas veces nos vuelven infelices. Vivimos compitiendo constantemente con nuestro alrededor, intentando satisfacer expectativas ajenas, inmersos en un ritmo frenético

de productividad y estrés pero sin tiempo para dedicar a quienes queremos ni a lo que amamos hacer y sobretodo, embebidos en una soledad que en África no existe.



La importancia de la comunidad en África se mama desde niño.

No, no se trata de idealizar. En África hay muchas necesidades, mucho sufrimiento y mucho trabajo por realizar. Eso ya lo sabemos, pero también hay valores que merecen la pena ser exportados. Un africano dedica tiempo a los suyos, no está a merced del reloj o la cartera, no abandona nunca a sus seres queridos, ni cuando quitan este mundo, sabe escuchar y acompañar, no forma parte de una comunidad, sino que es una parte de la comunidad y vive con una intensidad que yo en Occidente raramente he experimentado.

Y para terminar, lo haré con una frase que alguien muy sabio me dijo cuando yo aún era pequeña y ya por aquel entonces soñaba con pisar el continente negro.

África, o la amas o la odias.

Yo tengo claro que, pese a todo, me ha robado el corazón.



La pequeña Michelle, la vecina más adorable del mundo.

Helena Martín